hemos dicho antes, les es contraria, y la experiencia, hasta el presente, es un mentís contra la teoría arbitraria y tenaz de la generación espontánea.

LECCIÓN XX

La paleontología y la fe.—Expóngase la cuestión, y sus relaciones con la narración mosaica.

Dice el abate Cauly en su ya citada obra:

«Después de haber hablado del origen de la vida es útil seguir su historia en los seres organizados, y poner esta ciencia nueva de los fósiles en paralelo con la narración de Moisés, que se hizo historiador de la aparición sucesiva de los diferentes seres sobre la superficie del globo».

Y viniendo al relato bíblico, dice así: «La tierra produjo hierba verde que contenía simiente según su especie y árboles frutales que encerraban su semilla. Fué la obra del día tercero. Después, el día quinto, Dios creó los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento en las aguas, y creó también todas las aves. Y el día sexto, Dios hizo las bestias salvajes de la tierra, los animales terrestres y todos los reptiles. Y finalmente el hombre, que hizo á su imagen».

No hay para qué detenerse mucho en exponer las doctrinas, ya bien conocidas, de la ciencia de los fósiles, y bastará recordar algunas ideas ó especies para tener á mano las diversas épocas ó capas geológicas, como datos que entran en la presente cuestión.

En el estudio de los terrenos ó capas geológicas, nótese el orden siguiente:

- 1.º Terreno llamado primitivo ó que podemos llamar básico.
- 2.º Terreno primario ó de transición, que se subdivide en cámbrico, silúrico y devoniano.
- 3.º Terreno secundario, que consta de cuatro secciones superpuestas: pérmico, triásico, jurásico y cretáceo.
- 4.º Terreno terciario, que contiene las siguientes subdivisiones: ioceno, mioceno y plioceno.
- 5.º Los terrenos cuaternarios, que son depósitos de más reciente formación.

Comparando ahora los datos que suministra la paleontología y lo que Moisés refiere, véase cómo se explica el autor poco ha citado:

«Y primeramente, en cuanto al *orden de la creación*, Moisés se adelantó á los sabios en punto á fijar el orden cronológico en que aparecieron los seres organizados. Según el historiador sagrado, los vegetales llegan á la existencia antes que los animales, y esto es conforme con la verdad. Las plantas son el alimento de los animales; razonablemente, debían ellas precederles». Ahora bien; Marcelo de Serres, Dumas y Ampere, vienen en apoyo del relato mosaico, pues que colocan el mundo vegetal, según resulta de los estudios hechos, antes del mundo animal.

El mismo abate Cauly dice:

«Otra coincidencia harmónica entre la naturaleza y la Biblia se observa en el orden de perfección progresiva atribuída á los seres organizados del orden animal. Así los más antiguos vestigios de los seres vivos que se encuentran en los terrenos primarios son moluscos y crustáceos acéfalos. Pues bien; hay que notar que estos seres aparecen en el fondo de los mares. Moisés no menciona su creación; pero es tan evidente como natural que hayan preexistido á los demás animales. Vénse privados del órgano de la vista; podían existir antes de la aparición de la luz, y aparecieron sin duda en la época en que el espíritu de Dios, como dice Moisés, se agitaba sobre las aguas y las fecundaba. Pero en el día tercero únicamente aparecen los animales marinos más completos, los crustáceos superiores, dotados del órgano de la vista, y los primeros peces vertebrados.

«El quinto y el sexto día genesíacos señalan la aparición de los grandes peces, de las aves, de los animales terrestres y finalmente del hombre. Ahora bien; hemos visto que los restos fósiles de estos reinos superiores no aparecen sino en los terrenos de una época ulterior, es decir, en los sedimentos secundarios y terciarios, y siempre en una progresión ascendente acercándose al relato de Moisés. ¿No es cosa admirable que un israelita, que vivió hace más de tres mil años, haya establecido un orden de creación que encuentra

en nuestros días su justificación científica más completa?»

Vengamos ya á establecer la conciliación del relato mosaico y la paleontología, cronológicamente hablando. El abate Cauly nota, y debe tenerse muy en cuenta, que los datos suministrados por los hechos paleontológicos permiten considerar las revoluciones biológicas antes, después ó simultáneamente con la semana del Génesis. La opinión de los que atribuyen la existencia de los fósiles después de la creación del hombre, no daña ciertamente á la fe, pero carece de fuerza, científicamente hablando. Si se quieren poner los períodos paleontológicos antes, no se da en ello inconveniente, dice el escritor citado y añade: «Según esta opinión, sostenida por Chalmers, Buckland, Kurtz, Andrés Wagner, Schuber, etcétera, entre el primer acto creador y el primer día hexamérico, es decir, entre la creación del cielo y de la tierra y la aparición de la luz, habrían transcurrido innumerables siglos; la tierra habría tenido sus seres organizados, y esta primera creación, de la cual se hallarían los restos en nuestros fósiles, habría dejado lugar á otra creación, la que refiere Moisés».

En cuanto á la teoría llamada concordista, pone los fenómenos paleontológicos (los fósiles) en la semana de la creación, y en este caso no se trata de días astronómicos, sino de seis períodos ó épocas. En esos períodos, que pueden tener gran latitud, habrían ocurrido los fenómenos geo-

lógicos científicamente consignados. No hay que tocar para nada al relato mosaico y entonces todo se harmoniza. Y si en ocasiones ocurren algunas dificultades á causa de ciertas inversiones que se hallan en las capas geológicas y en sus fósiles, consiste ó se explica eso por las revoluciones ó trastornos ocurridos en el globo.

Al estudiar el paralelismo que según los doctores escolásticos hay en la obra de la creación, opus distinctionis y opus ornatus, como si dijéramos, comienzo y complemento de una obra que reunida forma un todo, pregúntase el docto escritor D. Miguel Mir, si tal correspondencia de fenómenos es «puramente extrínseca y casual ó rítmica, ó más bien íntima, esencial y necesaria», y responde: «El modo de hablar de los antiguos escolásticos, como de algunos naturalistas modernos, parece indicar la primera suposición, esto es, dos órdenes de fenómenos completamente separados unos de otros, que se realizan sucesivamente y están representados por los seis días de la Creación; mas tal vez el relato bíblico no se oponga á considerarlos de distinta manera, esto es, como cuadros diferentes de unos mismos órdenes de fenómenos. Según esta opinión, que ya en el siglo pasado sonó en las escuelas católicas, y que hoy se abre otra vez camino, fortificada con los argumentos que le prestan los adelantos, así bíblicos y exegéticos, como científicos y geológicos, la cosmogonía real podría reducirse á tres operaciones capitales, con dos extremos de principio y fin bastante fijos, determinados y sensibles en cada uno de ellos; pero de modo que ni la primera operación se completara antes de empezar la segunda, ni la segunda antes de empezar la tercera, sino que habiendo verdadera sucesión en los principios de todas (lo cual constituye los tres primeros cuadros), la continuación de ellos fuese simultánea, viniendo finalmente á distinguirse de nuevo en su término, lo cual constituye los tres cuadros restantes. De esta manera, el día cuarto vendría á ser complemento del primero, el quinto del segundo, y el sexto del tercero. Con esto es claro que los tres últimos son paralelos á los primeros, bien para responder á la serie real de sus principios, bien por el hecho de haberse terminado en este orden las tres capitales ó las seis parciales operaciones.

«Esta opinión, que hermenéuticamente considerada parece admisible, tiene la ventaja de resolver la mayor dificultad que contiene el relato bíblico de la creación, y que consiste en que, según el sentido aparente de la Biblia, los peces no aparecen en la escena del mundo hasta el día quinto, después de las plantas por consiguiente, las cuales ya se muestran en toda su lozanía el día tercero; orden que está en abierta contradicción con los datos geológicos que ponen la existencia de los animales marinos, no ya en el terreno pérmico correspondiente al quinto día, sino también en el carbonífero, en el devónico, en el silúrico y aún tal vez en el cámbrico y laurentino.

No ignoramos las soluciones y salidas que se dan á esta dificultad; pero respetando la ciencia y la sinceridad de sus autores, nos parece que no acaban de satisfacer á todos los reparos, los cuales tienen completa solución en el sistema que hemos propuesto. En efecto, siendo el día quinto complemento del segundo, y comprendiendo ambos la misma clase ú orden de fenómenos, no es extraño que terminara en éste lo que empezó en aquél, y que la creación ó aparición de los peces empezara realmente en el día segundo, como lo demuestra la geología, aún cuando no lo diga expresamente la Sagrada Escritura. Con esto resultaría lo que sucede muchas veces en el texto sagrado, es á saber: que un hecho científico, claro, explica un lugar de la Escritura obscuro, ó mejor, mal entendido ó interpretado». (1)

LECCIÓN XXI

La antropología y la fe.—Origen del hombre.—Constitución ó naturaleza del hombre.—Unidad de la especie humana.

El asunto que bajo el título de la antropología y la fe vamos á estudiar, es labor no solamente difícil sino copiosísima. Los libros dedicados á esta clase de estudios son muchísimos, y sería labor interminable la que sobre este punto pudiéramos ofrecer. Lo estrecho de los límites de un

compendio nos obliga á dar el resumen del asunto, y antes, como precedente necesario, expondremos, tomándolas de la obra magistral del P. Guibert, ya citada, las conclusiones referentes á la importante cuestión del origen de las especies:

«1.º Rechazamos el monismo que unifica todos los .seres, que enseña el tránsito espontáneo de la materia á la vida, de la vida sensible y animal á la vida espiritual del hombre.

«2.º No creemos que la formación de las especies vivas sea efecto de la casualidad, es decir, de fuerzas mecánicas ciegas; creemos que cada reino, animal y vegetal, realiza un plan preconcebido y ordenado por Dios.

«3.º ¿De qué manera Dios ejecutó su plan? No creemos que haya sobre esta cuestión otras respuestas que hipótesis: la hipótesis evolucionista moderada y espiritualista es muy sensata, el creacionismo igualmente.

«4.º ¿Hacia qué sistemá los hechos de la naturaleza y las analogías sacadas, sea de las leyes naturales, sea de los procedimientos ordinarios de Dios, nos llevarían preferentemente? Parécenos más glorioso para Dios y más conforme con sus acostumbrados procedimientos que haya creado las especies vivas por evolución; es decir, como causa primera, más bien que por medio de creaciones sucesivas; es decir, como causa inmediata de cada especie.

«5.º Si Dios creó las especies por evolución, ¿las hizo partir de un tipo primitivo único ó de

⁽¹⁾ Miguel Mir, Harmonia entre la ciencia y la fe.

varios? En el estado actual de la ciencia, parécenos más probable que puso en la naturaleza, al crear la vida, varias formas primitivas simples. Esta conclusión ofrece muchas menos garantías que las precedentes».

Entrando ahora en el asunto referente al origen del hombre, vamos á señalar las conclusiones que el sabio obispo de Oviedo, en su ya citada obra, nos ofrece como resultado de la investigación hecha sobre este punto:

«El origen del hombre es un hecho que está fuera del alcance de la ciencia. La ciencia sólo testifica que no es efecto de ninguna transformación. Luego el hombre apareció merced á un acto libre del Creador, que se dignó hacerlo á su imagen y semejanza.

«Enseñanzas de la fe.—Dios formó mediata ó inmediatamente el cuerpo del primer hombre; le infundió una alma espiritual é inmortal, que es forma substancial del cuerpo humano; esta alma es creada por Dios; todos los hombres descienden de un solo tronco.

«Enseñanzas de la ciencia.—Nada sabe del origen del primer hombre, pero puede demostrar y demuestra la naturaleza espiritual del alma humana y la unidad específica del hombre.

«Enseñanzas del transformismo.—Es una hipótesis que aún no ha hecho su noviciado para ser calificada de científica; salvando las enseñanzas de la fe referentes al alma racional, contra las cuales no presenta argumentos, no puede ser calificado de irreligioso, y menos de materialista.

«No hay pretexto para conflictos entre la fe y la ciencia».

Véase ahora cómo se explica Monseñor Bougaud en su hermosa obra, Religión é irreligión. Para ver claros los dislates de la generación espontánea, aplicada á la aparición del hombre, escribe: «Cierto día, en la pendiente de un ribazo, maravillosamente expuesto á los rayos del sol, bajo un rayo más poderoso de luz y calor, desarrollándose las fuerzas generatrices de la natuleza, brotará un hombre. Este hombre habrá nacido en edad madura, poseyendo su estatura, su fuerza, su inteligencia, sus facultades todas. Porque suponed que hubiese nacido niño, como todos nacemos, ciego, sordo, necesitando brazos que le sostengan, pecho que le alimente, aún cuando hubiesen nacido mil á la vez, con la misma edad, con debilidad igual, ¿no habrían muerto de hambre, ó de frío, ó comidos por las bestias? Habrá pues nacido de edad viril, sin padre, sin madre, de edad de treinta años, bajo la influencia de un rayo de sol sobre la tierra; y como quiera que la naturaleza conociese que ella no tardaría en enfriarse, que no podría durante largo tiempo seguir desempeñando aquel glorioso oficio, al propio tiempo que producía espontáneamente un hombre, engendraba también espontáneamente una mujer; los destinaba mutuamente, desde el punto de vista físico, intelectual y moral; les infundía mutua

inclinación, para que su amor la permitiese suprimir la obra harto afortunada de la generación espontánea. Y, efectivamente, desde el día en que un hombre y una mujer se han visto y amado, la generación espontánea se acabó.....

«Cierto día, el hombre apareció sobre la tierra. ¿Qué día fué ese? La ciencia lo ignora. Pero lo que sabe, lo que debe confesar, so pena de mentirse á sí misma, lo que manifiesta, además, muy alto, es que hubo un día, y varias series de días, en que el hombre no existía, en los cuales el hombre no podía existir, en los cuales el hombre habría sido calcinado, devorado por el fuego; y otro día, comparativamente muy próximo, en el cual, después de algunos siglos, habiéndose enfriado el suelo, apareció el hombre. Y lo que también debe aquélla confesar so pena de hacer traición es que, por grandes que fuesen las maravillas que habían precedido, nada se ve que hubiese preparado al mundo para ésta. Entre la roca y el hombre, entre la planta y el hombre, entre la bestia y el hombre media un abismo. He aquí un ser nuevo, radical, absolutamente distinto de cuanto le precede, y, más que todo lo otro, inexplicable, como no sea mediante nueva y más vigorosa intervención del poder creador. ¿Quién fué madre de este ser tan grande? ¿Quién fué su nodriza? ¿Quién le. enseñó á caminar, hablar, tenerse en pie, mirar al cielo, encontrar sobrado pequeña la tierra, amar la verdad, la justicia, el honor, hasta sacrificarles la vida; á confesar á Dios y decirle: ¡Padre, Padre!? ¿Quién le enseñó todo eso? ¡No hay que dudarlo; fué Dios!»

Naturaleza ó constitución del hombre.—Vengamos ya á tratar del hombre considerado en sí mismo, en su naturaleza, y asignémosle el verdadero lugar que le corresponde en el conjunto de los seres.

¿Qué es el hombre? La filosofía le apellida animal racional; no falta quien le asigna el dictado de animal religioso; la doctrina católica nos le ofrece como un ser compuesto de cuerpo y alma, formado ó hecho por Dios á su imagen y semejanza. El materialismo quiere ver en él como la última etapa del reino animal, y aún se pretende que el hombre es un agregado de células, es decir, un mecanismo y nada más. La verdad, aquí como en todo, encuéntrase en la doctrina de la Iglesia, que nos ampara siempre contra los desvarios del error, llámese filosofía ó llámese ciencia. El hombre encierra en su ser un organismo material que sirve maravillosamente á secundar lo que su principio espiritual, el alma, le pide, para que en esta síntesis admirable y misteriosa sea el hombre vivo, total, quien ejerza sus operaciones y ejecute sus actos. El cuerpo es como la materia prima; el alma es la forma substancial del cuerpo; la resultante de esa unión íntima y que constituye el compuesto humano en un ser uno, total, es el hombre.

La ciencia moderna pretendió ó soñó un antecesor ó centro común de donde arrancasen el mono y el hombre; diósele el nombre de pitecoide, antropopiteco, pitecántropo; así, el hombre y el mono resultan, como se vé, parientes próximos, y como hijos de un mismo padre (1); mas lo triste del caso es que ese antecesor común no se ha encontrado en parte alguna. Ni basta acudir, para asemejarnos al animal, al inútil expediente de la inteligencia de las bestias. Este recurso es tan pobre, que más bien se torna, por lo ridículo, contra los mismos que á él acuden.

Pero vengamos á tratar el asunto en serio, y véanse las diferencias capitalísimas que abren insondable abismo entre el hombre y la bestia.

Acaba de publicarse un hermoso libro, *Dieu et l'Homme*, por Leon Désers, párroco de San Vicente de Paul, en París, y de allí vamos á tomar, traduciéndolas, las siguientes decisivas observaciones:

«1.º El animal se halla fijado en la forma de su instinto; no puede transformarlo, tiene lo que un fisiólogo contemporáneo, M. Ch. Richet, llama la fijeza psíquica, la inercia del instinto. No puede adquirir el instinto de otro animal. La abeja no procederá nunca como la hormiga, ni la hormiga como la araña. La naturaleza de los animales podrá elevarse á todo, decía Bossuet, desde que pueda salir de la línea recta. Mas no puede salir de la línea recta, del surco en donde se halla ence-

rrado su instinto. ¿Sucede lo mismo con la naturaleza del hombre? ¿No es manifiesto que el hombre es capaz de hacer lo que hace otro hombre? más ó menos bien, convengo en ello, pero no se da imposibilidad en la naturaleza; los africanos, los asiáticos construyen casas, tallan piedras, esculpen estatuas, escriben libros como los europeos.

«2.º Otra diferencia es la incapacidad en que se encuentra el animal de subir, por el razonamiento, á ideas generales, á ideas religiosas, á principios morales, á deseos de progreso. Todas estas ideas son el fondo común de la humanidad: son incomunicables al animal. Si verdaderamente el animal es capaz de todo eso, decía M. Rabier, á él tócale hacer la prueba. ¡Dígalo pues! porque, en ese caso, ¿qué hay que le impida decirlo? Que lo diga con sus palabras y que lo diga también con sus actos y con sus progresos. ¿Hay necesidad de insistir sobre este punto?

«3.º Una tercera diferencia, que detendrá siempre á los transformistas, es el lenguaje.

«El animal podrá imitar al hombre; jamás podrá hablar como él. No es que ciertos animales no tengan, en su constitución física, lo necesario para pronunciar palabras, el papagayo puede pronunciar todas las palabras que se quiera enseñarle (1), y hay ciertas razas de monos que tienen

⁽¹⁾ Son dos ramas que vienen de un tronco común; al tratar este asunto, dícese que el hombre y el mono son primos!!

^{(1) «}No se da una sola letra que un papagayo no esté en condiciones para pronunciarla. Por consiguiente, el hecho de que el papagayo carece de lenguaje debe explicarse por una diferencia entre las facultades mentales y no entre las facultades físicas de la bestia y del hombre». (Max. Muller, La Ciencia del lenguaje, p. 416. Cf. p. 422).

la laringe absolutamente hecha como la nuestra: no falta pues nada á su estructura para poder hablar. Así las cosas, dirigimos á los partidarios de la descendencia simia del hombre el siguiente dilema: O esos monos tienen la facultad de hablar ó no. Si la tienen, ¿por qué no se sirven de ella? Si no la tienen, ¿cómo pues la adquirió el hombre?

«En esta cuestión, los evolucionistas no podrán darnos sino respuestas sin fundamento serio, y Max Muller, la autoridad del cual es tan grande en todo lo que al lenguaje se refiere, no recela en desafiarles á que expliquen el lenguaje del hombre, si el hombre no es más que un mono perfeccionado».

El mismo autor, Mr. Désers, cierra su estudio acerca de la naturaleza del hombre, con las siguientes conclusiones:

- «1.º Que se dan entre el hombre y el animal diferencias radicales que no pueden explicarse por la simple transformación del animal en hombre.
- «2.º Que la materia, el organismo, el cerebro no pueden explicar por sí solos el pensamiento humano.
- «3.º Que, por consiguiente, la existencia del alma creada á imagen de Dios, inteligente y amante, se nos impone».

Unidad de la especie humana.—Este asunto dió muchísimo que estudiar; es labor vastísima, pero, dado el estado actual de los estudios antropológicos, no deja temor alguno en el entendi-

miento de quienes con sinceridad estudian este punto. La ciencia tiende actualmente á la doctrina del monogenismo ó de la unidad de la especie humana; y así llegará el momento en que la fe y la ciencia resultarán claramente unidas, como no puede menos, en este particular, puesto que ambas son verdad.

Los libros sagrados nos enseñan que el género humano procede de Adán, y esto mismo piden los Dogmas del pecado original y de la Redención.

Los poligenistas han tratado de buscar reparos á la doctrina monogenista; pero es lo cierto que ni la ausencia de nuevas razas, ni las dificultades de la población de América, ni lo referente á la multiplicación de la humanidad, ni la diversidad de las lenguas, han podido ofrecer dificultad alguna insuperable. Adviértase, pues, que dado el desarrollo de la familia humana sobre la tierra, ocurre con esto lo que con los individuos; cuando se adquiere cierto grado de vida, cesan las transformaciones accidentales que ocurren en su transcurso. En cuanto á la dificultad de poblar la América, un antropólogo notable, M. de Ouatrefages, contestó victoriosamente á eso; demostró que ya se atienda al análisis etnológico, ya se estudie el asunto á la luz de la geografía, la América y la Polinesia pudieron y debieron haber sido pobladas por colonias que partieron del Asia en diferentes épocas. Respecto de la prodigiosa multiplicación de la humanidad, dice lo siguiente el abate Cauly en su obra tantas veces citada: «Un

cálculo muy sencillo deshace esa objeción. Suponiendo que cada pareja humana hubiese engendrado, por término medio, seis hijos desde los veinticinco á los cincuenta años, el número de los hombres habría podido ser de ochocientos millones, cuatrocientos cincuenta años después del diluvio. Es un crecimiento que ninguna población, es verdad, alcanza actualmente, pero muy posible entonces; y, aunque fuera necesario reducirlo, hay lo muy bastante para formar grandes pueblos». Respecto de la diversidad de lenguas, el estado actual de los estudios de este género ofrece deficiencias, pero de aquí surge la imposibilidad de sacar argumento decisivo contra la Religión; ya veremos este punto en su lugar al estudiar la cuestión etnológica; y nótese lo que el mismo Renan, testigo de mayor excepción en estas cosas, escribe:

«No. De la división de las lenguas en familias no se debe concluir nada en lo referente á la división primitiva de la especie humana..... la filología nada enseña tocante á eso». (1)

La prueba de la unidad de la especie humana tiene, en cambio, en favor suyo, lo que ofrecen los siguientes puntos estudiados: la identidad física, intelectual y moral; es decir, que ya se comparen los caracteres físicos, intelectuales y morales del hombre, en sus diversas razas, tenemos como resultante que hay unidad específica, y resulta que el hombre es siempre, substancialmente, el mismo en todas partes, y aquí se dan la mano, en perfecto acuerdo, la antropología científica y la antropología religiosa ó bíblica.

LECCIÓN XXII

Continuación del asunto anterior.—Antigüedad de la especie humana

Siguiendo la comenzada labor antropológica, tócanos ya venir á un asunto que ofrece vastísimo campo á la curiosidad científica, que reune innumerables datos, pero que en el momento presente está resuelto en favor de la Religión; advirtiendo que aquí no se trata precisamente de saber lo que la Iglesia enseña como asunto de fe; trátase tan solo de ver si la ciencia tiene algún verdadero reparo que hacer á las enseñanzas de la Religión.

Pues bien, para dejar despejado el terreno, debemos comenzar manifestando que no habiendo, por ahora, una verdadera cronología bíblica, no es posible que la ciencia se halle en condiciones de acusar á la fe, respecto de lo que atañe á la antigüedad de la especie humana.

Debe notarse, sin embargo, que el empeño de otorgar al hombre una antigüedad crecidísima puede servir de medio para establecer luego

⁽¹⁾ E. Renan: Des services rendus aux sciences historiques par la philologie.